VALLADOLID

Convento de San Francisco

Capilla del Sepulcro o del Obispo de Mondoñedo c. 1541-1544 Desaparecida en 1837



Fachada del convento de San Francisco hacia la Plaza Mayor. Fiestas en la Plaza Mayor. Felipe Gil de Mena (c. 1656). Ayuntamiento de Valladolid



Convento de San Francisco. Plano de Ventura Seco (1738). AMVa, Planos, 90.

Una de las grandes pérdidas patrimoniales de la ciudad del Pisuerga fue, sin duda alguna, la demolición a partir de febrero de 1837 del convento de San Francisco, cabeza de la Provincia franciscana de la Inmaculada Concepción y uno de los tres grandes conjuntos monasteriales de la urbe junto a los dedicados a San Pablo y San Benito. Su ubicación, frente a la actual Plaza Mayor (antes acera de San Francisco) y su amplia extensión, entre la calle Santiago, Duque de la Victoria (Olleros) y Montero Calvo (del Verdugo), le convirtieron, desde su origen hasta la época de la especulación urbanística, en lugar primero y en solar después de privilegiada ubicación.

Aquí llegaron los franciscanos hacia 1260, tras otro emplazamiento anterior, gracias al favor de la reina doña Violante, mujer de Alfonso X, quien les donaría un extenso solar, todavía entonces extramuros pero situado junto a la Plaza del Mercado (hoy Plaza Mayor). La escasez de documentos escritos y ausencia casi total de documentación gráfica impide efectuar una reconstrucción fidedigna del conjunto, pero a tenor de estas pocas fuentes parece que la arquitectura del cenobio no fue excesivamente relevante. A su fábrica gótica se fueron añadiendo con el paso de los siglos capillas, claustros y otras dependencias acordes con el gusto artístico de cada momento. Esta aparente falta de magnificencia, no es reflejo para nada de la importancia del patronazgo que se ejerció sobre el edificio, gracias a el cual se llegaron a contabilizar hasta 33 capillas que se abrían a la iglesia, al claustro o a dependencia anexas.

Uno de estos benefactores fue el franciscano fray Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo, escritor y cronista de Carlos I. Sus aportaciones debieron ayudar a costear la construcción de dos de los claustros conventuales, pero además cerca de la capilla mayor y de la sacristía y precedida de un pequeño claustrillo mandó edificar su capilla funeraria. Por diversas crónicas y descripciones se sabe que era de planta cuadrada, con zócalo de azulejos y rejería de cierre, y que antes de su muerte, en 1545, ya estaba terminada. Al parecer, la concepción de la capilla y de su programa decorativo corrió a cargo del maestro Juan de Juni. El testero se adornó con un retablo de yesería policromada en el que se habría de albergar el grupo escultórico del Entierro de Cristo, obra del propio Juni. Pero en la ejecución de los yesos debió de participar Jerónimo del Corral, como apuntó pioneramente Francisco Antón (1935-1936), aludiendo a su ulterior

colaboración en la capilla de los Benavente de Medina de Rioseco. Del conjunto solo resta hoy el referido grupo, pero cronistas y viajeros como Sobremonte, Canesi, Ponz, Palomino o Bosarte nos ofrecen algunos detalles de la labor de nuestros yeseros. Articulado a modo de retablo, con basamento, cornisa y dos cuerpos, en la parte central se abría un gran nicho rematado en la parte superior con una venera, que servía de encasamiento a la escena principal. A los lados, columnas pareadas entre las que se ubicaron soldados pretorianos de yeso en el primer cuerpo y dos esculturas de San Francisco y San Buenaventura en el segundo. El habitual repertorio decorativo de los Corral de Villalpando debió de quedar plasmado en el retablo y seguramente también en los muros y acaso en la cubierta de la estancia, bien en forma de pinturas, bien en relieves, si se tienen en cuenta las diversas menciones a cartelas, escudos del Obispo y de las armas reales, conchas, florones, guirnaldas de frutas, alcachofas y mascarones, ángeles, apóstoles, serafines, santos y otros bultos de medio y cuerpo entero.

Aún conservaba su policromía original a comienzos de la segunda mitad del siglo XVII, todo "estofado con gran perfección", pero en 1686 el dorador Manuel Martínez Estrada recibió el encargo de renovar, pintar y dorar y limpiar la capilla. Todavía a mediados del siglo XVIII su fastuosa imagen la hizo merecedora del calificativo de "prodigiosa". Todas estas apreciaciones y el hecho de que de manera casi inmediata a la terminación de la obra don Álvaro de Benavente contratase a los mismos maestros para levantar su capilla funeraria en Medina de Rioseco nos dan idea de su espectacularidad y del impacto que debió de causar entre la clientela vallisoletana. A partir de aquí los paralelos entre ambos conjuntos están servidos, lástima que su comparación haya quedado al decir de unos pocos privilegiados que llegaron a contemplarlas rivalizando en belleza.

Bibliografía: Ponz 1783, 87; Palomino 1797, 415; Bosarte 1804, 181-185; Nicolás 1904, 323-330; Martí Monsó 1905, 5-11; Antón 1935-1936, 23-26; Canesi 1996, I, 516; Fernández del Hoyo 1998, 53-97; Redondo 2001, 49-50; Fernández del Hoyo 2012, 157-162.



Reconstrucción del retablo del testero (Dibujo de A. Burgueño)



Entierro de Cristo por Juan de Juni (hoy en Museo Nacional de Escultura)